

¿Y DÓNDE ESTÁ LA TOLERANCIA?

*Francisco Ardiles**

RESUMEN

En este trabajo se aborda el tema de los principios de dominación e intolerancia que están inscritos en la cultura. Desde los postulados de Gilles Deleuze y Michel Foucault, se sostiene que los dispositivos de poder abundan por las zonas de la territorialidad urbana y son el componente fundamental de las disposiciones con las que se controla el flujo del deseo y la búsqueda del placer que palpita en la conciencia de los individuos. Se toman en consideración los valores actuales que dictaminan las leyes del consumo, la producción y la cultura de masas para denunciar los recursos de disimulo con los que se ponen a funcionar esos dispositivos de control. Considerando, a su vez, que el orden de los flujos a veces se puede trastocar, se argumentan las razones por las cuales existe un conflicto exterior e interior en el que la sociedad y sus principios se debaten en la subjetividad individual. En este orden de ideas, se plantea el tema de la tolerancia como un principio universal que no encaja en las prácticas de la sociedad contemporánea. Pues decir lo contrario sería sostener una tesis insostenible y contradictoria, en una sociedad globalizada que se caracteriza por ser intolerante, consumista y superficial.

Palabras clave: Deseo, Placer, Dispositivos de Control, Regulación, Líneas de Flujo, Intolerancia.

AND WHERE IS TOLERANCE?

ABSTRACT

This paper addresses the principles of domination and intolerance which seem to be part of culture. From the postulates of Michel Foucault and Gilles Deleuze, it argues that power devices abound in urban territorial areas and are the cornerstone which controls the flow of desire and the

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

pursuit of pleasure that beats in the consciousness of individuals. It takes into consideration the current values that dictate the laws of consumption, production and mass culture to denounce the dissimulation resources with which these control devices become operative, considering at the same time, that the order of flows can sometimes be reversed, and arguing the reasons why there is an external and internal conflict within which society and its principles are discussed in the individual subjectivity. Consequently, the issue of tolerance as a universal principle that does not fit into the practices of contemporary society is being raised. Then, to say the opposite would be to maintain an unsustainable and contradictory thesis, in a globalized society, characterized for being intolerant, consumerist and shallow.

Keywords: Desire, Pleasure, Devices of Control, Regulation, Lines of Flow, Intolerance.

El hecho de que el mundo pudiera reservarnos menos libertad y más control, supervisión y opresión no era parte de la disputa. Orwell y Huxley coincidían en cuanto al destino del mundo; simplemente concebían diferentes versiones del camino que nos llevaría hasta el sitio donde seríamos suficientemente ignorantes, obtusos, plácidos o indolentes para permitir que las cosas siguieran su curso natural.

Zygmunt Bauman, *La muerte natural*.

La fabricación social del individuo

Gilles Deleuze (1995a, 1995b) dice que los dispositivos del poder circulan para contrarrestar la disposición de los heterogéneos, y están dispuestos a todo lo largo y a todo lo ancho de las territorialidades sociales para suprimir, organizar, direccionalizar el desenvolvimiento de las pulsiones espontáneas del ser humano singular. En esta situación

de control social se establece una especie de “simbiosis”, en la que se encaja a los deseos individuales de la gente una serie de reglas generales y específicas para vincularlas con funciones determinadas por la lógica de la reproductividad.

Esto supone un cofuncionamiento, en el que se articulan nuestras inclinaciones con los ordenamientos tácitos de una sociedad que posee un lenguaje, reglas de lo prohibido y lo permitido, de lo lícito y lo ilícito, y reglas en las que están contempladas la manera de reproducir la vida material.

Cornelius Castoriadis (2004) piensa que el ser humano individual entra en esta cámara oscura de revelado apenas nace. La madre o esa instancia que encarna el papel de la madre, está con el recién nacido desde el principio, taquigrafándole ideas preconcebidas de antemano, en un programa de estado organizacional, para que al fin del proceso este ser humano modelado por el sistema de aprendizaje y enseñanza permanente, termine por representar a la sociedad entera. Por tanto, en eso que se conoce como el proceso de socialización, no hay contrato social alguno, ni de derecho ni de hecho, no hay elección, ni voto a favor ni en contra, no hay acuerdo, ni mucho menos un consenso, sino toda una amalgama de dispositivos de poder con los que se enclaustra la disposición individual de los deseos.

Un niño nacido en la Edad Media, criado por una madre francesa o española de la época, ¿qué iba a decidir? Nada. Sólo tenía la posibilidad de absorber aquello que estaba inscrito en las estructuras constitutivas de los poderes feudales y sus consecuentes dispositivos de aplacamiento. Castoriadis (2004) habla de la *fabricación social del individuo*, para explicar un proceso que consiste en crear en él, mediante la educación y la socialización, un estado psíquico que correspondiera a lo exigido por la sociedad. Por eso insiste en lo paradójico que significa creer que el individuo tenga la facultad de oponerse a los dictámenes de la sociedad a la que pertenece. “De ahí lo absurdo de la oposición individuo/sociedad, puesto que lo que denominamos individuo es la sociedad concreta, material, real”. (p. 34).

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

Para ese joven criado en medio de las exigencias de los principios de la aristocracia medieval existía todo un arsenal de distracciones y deberes. Para sus paseos a caballo estaban previstas las vertiginosas cabalgatas vespertinas y las promesas del recorrido del paisaje agreste. A ese individuo nacido en la Edad Media le estaba predestinado además el placer de las carreras. Para satisfacer las necesidades que se generaban en la esfera de su vida sexual le esperaba la sublimación del amor caballeresco. Para la beligerancia, el desafuero, las vibraciones del temperamento juvenil y las pasiones del deseo, le habían preparado las belicosidades de las cruzadas, o de las batallas entre reinos. Como se ve, existía todo un conjunto de compartimientos en los que se encontraban satisfechas todas las expectativas de las diferentes facetas de su vida. Componentes que respondían a los lineamientos de un eje de domesticación cultural en el que se distinguían las conexiones establecidas entre la fuerza del deseo, el estado de las cosas y las enunciaciones.

Los dispositivos de control social establecidos por las instituciones que administran el poder, existen desde hace mucho tiempo. Michel Foucault (1993) asegura que, por tradición, han surgido en esas sociedades en las que se ha decidido ejercer la dominación y establecer determinadas regulaciones en esos estratos de la vida dónde aflora el deseo de los hombres. Estos dispositivos al parecer operan permanentemente mediante cierta omnipresencia. Se distinguen en contextos determinados en los que afloran las irresistibles e irreprímibles inclinaciones humanas, allí donde los individuos transitan, se mueven y se entrecruzan. Comparten humores, sudores, miradas y palabras. Por eso, estos lugares se parecen tanto en su estructura y diseño arquitectónico a las prisiones.

También se ponen a funcionar precisamente en esos contextos culturales en los que el deseo palpita y se manifiesta en toda su pureza instintiva; en los centros comerciales, las plazas, los bulevares, las iglesias, los centros de estudio y los centros comerciales, los colegios, con el fin armonizar, es decir, uniformizar las acciones de los individuos que luchan por saltarse la baranda sin saberlo. Michel Foucault (1993) postula que en este proceso de armonizaciones surgen las nociones de

identidad, las creencias, la moral, las leyes, las nociones de bien y el mal, la buena y la mala educación, prácticas discursivas que no son más que el resultado de un procedimiento diseñado para fomentar un conjunto de relaciones sociales y de placer que aseguren y determinen nuestros vínculos.

De acuerdo con Gilles Deleuze (1995b), los dispositivos de control son un componente de las disposiciones con las que se regula el flujo del deseo y la búsqueda del placer individual en una sociedad. Estas disposiciones de orden establecidas por estos mecanismos de regulación son las que indican también los puntos de fuga, de desterritorialización a los que se tiene derecho y no se tiene derecho cuando se vive entre hombres. De allí se derivan los decálogos, los códigos, las resoluciones morales. De allí nos viene ese tan conocido e incomodo mandato: no mires a la mujer ajena, pero de allí también proceden las supuestas indemnizaciones que nos acompañan diariamente. Cómprate una película porno, no te toques a solas, busca por Amazon un estilizado consolador de cinco velocidades, toma pastillas para dormir, bebe Viagra, Prozac, canta el himno, no reclames en el trabajo, arrodíllate ante el Santísimo que en la iglesia encontrarás la paz, no corras si no tienes tu cinturón de seguridad, toma ritalín en la mañana con tu hijo antes de irte al trabajo, ve a la guerra y no te niegues a tomar un avión, canta el himno y las mañanitas, ríndele tributo a la autoridad, no dejes de hablar bajito, luego te vas al *resort*, habla pero con decencia y en el bar te la cobras, y cosas por el estilo, sin mucho estilo.

Si nos atenemos a la construcción tradicional del placer, comprobamos que los placeres físicos o carnales están relacionados con la bebida, la alimentación y el sexo. Esta relación tiene sus limitantes predispuestas por las instituciones sociales, a través de las cuales pareciera que se nos dijera: éstas son las fuentes de placer a las que puedes contar y a su vez controlar el impulso de tu deseo, no hay más. En este principio se encuentra la fisura de la autonomía de nuestra inteligencia del cuerpo (ob. cit.).

Si las aspiraciones varían, se disparan los dispositivos de control y prohibición. El caso de las drogas es ilustrativo. Si un individuo, un

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

artista, un religioso, un científico que explora otras fuentes de placer desea probar con ellas, para llamar la inspiración por ejemplo, o dejar de un lado la depresión, el puritanismo que reina en relación con las drogas, obligará a todos los compañeros de este individuo a estar en contra. Eso significa que no todo lo que forma parte integrante de nuestra cultura puede ser utilizado por los individuos como fuente de placer.

La felicidad masificada

Ya son tres las generaciones formadas y educadas en los valores del consumo, la producción y la cultura de masas, que son los valores antepuestos y defendidos por los dispositivos de seguridad del poder. La potencia de este modelo de sociedad radica en su apabullante superioridad y omnipresencia, que parte de una promesa: la de otorgarle al individuo una felicidad concreta, masificada, estandarizada e involuntaria. La elección está de más. Por eso todos, de alguna forma, conciente o inconcientemente, estamos sujetos a las cuerdas de una multiplicidad de dispositivos de control que guían nuestras acciones.

¿Qué hay detrás de un estudio de mercado?, dispositivos de control ¿Qué se disimula con todo el cuento de las tendencias de la moda, de las fechas patrias y los tratados de autoayuda, del trencito de los centros comerciales, de las inscripciones del partido único, de las redes virtuales de amistades a distancia? Una serie de dispositivos de control con los que se reduce la soberanía individual a su mínima expresión.

¿Y qué tiene que ver eso con la tolerancia, con ese concepto tan filantrópico templado, tan amable, democrático, occidental, cristiano y civilizado; tan romano grecolatino, que le da título a este texto, que alude a Karl Popper (2000) y por supuesto al clásico argumento de Voltaire, que fue definido por este escritor como la consecuencia necesaria de constatar la falibilidad humana, la tendencia a errar, a reconocer que como humanos, somos diversos y diferentes? Nada, nada, porque tras los dispositivos de poder reinan aquellos que nos reprenden, reprimen e igualan, los que disponen el desarrollo de nuestras acciones y la definición de nuestros criterios. Hasta lo que le concierne al nivel de tolerancia está predispuesto por las instituciones. Las disposiciones

a las que tiene que acostumbrarse y someterse la voluntad del deseo no tienen nada que ver con ese devaluado concepto de la tolerancia.

De acuerdo a Foucault (1993), el poder no es sólo una fuerza negativa sino también una fuerza productiva. Eso significa que el poder siempre está presente, más allá de las paredes de la iglesia, de la puerta de salida de la compañía, de los estacionamientos de los centros de acopio, del botón de encendido o apagado del televisor. Más allá, donde no se sospecha, porque hasta la resistencia se encuentra en los dominios del poder y parece estar diseñada por el mismo poder. Parece que en Estambul se encuentra una iglesia muy grande y famosa por su belleza y antigüedad, la iglesia de Santa Sofía, y según dicen los entendidos, los que han ido a verla, en su cúpula hay una inscripción que reza lo siguiente: “En dónde quiera que estén, ustedes están conmigo”. Este es la razón por la cual existen tantos dispositivos de poder.

Con esto no se intenta decir que el deseo ha desaparecido de la mente de los hombres, que el discurso de la tolerancia es una mentira, o que se contradice, que ha desaparecido por presencia constante de la presión de los dispositivos de control del poder. Nada más alejado de una verdad sostenible que proponer semejante idea.

Lo que se quiere postular es que a pesar de que el deseo siempre está por encima del poder, los dispositivos de poder y sus operaciones afectan, manipulan y canalizan las ideas del hombre. Lo cosifican haciéndolo pasivamente noble, constructivo y funcional. Ejercen un efecto represivo sobre éste, y tienden a homogeneizarlo en desmedro de la diversidad y la diferencia. No aplastan el deseo, no lo anulan, sino que lo pliegan, prefijan y lo obligan a minimizar su capacidad de expresión, el contexto de su desarrollo, delimitando los puntos de su manifestación.

Si nuestra sociedad fuese tolerante entonces se contradijera. Por eso la tolerancia forma parte de un puro discurso justificatorio. Ella es lo que es por ser intolerante, por eso es capitalista, consumista, superficial e interventora. ¿Cómo es posible hablar de tolerancia en medio de este estado de sitio, de tanta pregunta sin respuesta, de tanto reaccionarismo? ¿Será que se ha entendido que es una cura para todos nuestros males, en

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

medio de esta lógica que alimentamos y reproducimos? Las manifestaciones de sus reglas de juego se extienden, como diría Deleuze (1994), en líneas de fuga que constituyen una cartografía.

Nuestra sociedad no es incongruente. Sus principios esbozan una suerte de mapa en el que las líneas de fuga terminan coincidiendo, porque no son necesariamente voluntarias, espontáneas, reaccionarias, revolucionarias, sino el remanente, la indemnización, lo que se ha salvado del consumo y mercantilización de lo humano. Para nuestra distracción, para nuestro alivio existe la influencia que los dispositivos de poder han ejecutado, para taponarlas y amarrarlas.

Ese fluido que somos. Esos fluidos que según Zygmunt Bauman (2003) se desplazan, fluyen, se derraman, se desbordan, salpican, se vierten, se filtran, gotean, inundan, rocían, chorrean, manan, exudan; sortean algunos obstáculos, en nuestro caso están canalizados, embaulados, predeterminados. Según Bauman (2003), Zbyszko Melosik y Tomasz Szkudlarek plantean que esta situación se sostiene mediante una estrategia discursiva definida. Una estrategia de orden mediante la cual se nos induce a creer que se vive entre opciones aparentemente infinitas, propicias para divulgar la idea de suficiencia, la grata sensación de ser libre y alguien. Mas esa grata sensación es provisional y frustrante porque dura muy poco. Se disuelve rápidamente en el paladar de la razón, ya que supone una persecución infinita en pos del oasis perdido. Supone la obligación de correr sin descanso tras la alucinación inconclusa de «ser alguien», un alguien que jamás llega a ser. Dado que esa búsqueda jamás llega a su final, la conciencia del hombre de nuestra época está recubierta de un sentido de incompletud e indeterminación que implica un estado de ansiedad insufrible e inevitable.

Esa es la razón por la que hay tantos compradores compulsivos de lociones para la piel, de coleccionistas de tazas extranjeras, de pelucas, de automóviles, de viajes por el Caribe, de credenciales, de cursos de capacitación, de maestrías, de aburridas teleseries americanas, de canales por suscripción, de programas virtuales, de amigos, de cadenas, y pare usted de contar. Así nos hemos fijado a la pared del mercado como una de sus piezas de colección más preciadas. La misma de la cual obtiene

su materia prima, el capital circulante. Así nos establecemos como prioridad de vida, la insostenible vaguedad del capricho. Y pobre de aquél que no se una al flujo desencadenado por la cultura del consumo y que no le informe de esa manía al amigo.

Estos flujos circulan a través de lo que para Gilles Deleuze y Félix Guattari (1985) es la máquina social. Estos flujos serían algo así como su lubricante, aquello que le otorga vida, movimiento al engranaje. Somos entonces, para estos autores, ante todo el punto de partida de un flujo que sopla el deseo.

Todo lo que deriva en la acción social, en las prácticas cotidianas es producto del movimiento impulsado por el deseo, el flujo que éste provoca y sus respectivos cortes. Deleuze (1995a) pensaba que una persona es un punto de partida para una producción de flujos, un punto de llegada para una recepción de flujos, de flujos de todo tipo y a su vez una intersección de muchos flujos. Por eso desde Ricardo, Marx y Freud se habla del flujo del deseo, el flujo de la producción, el flujo del dinero, el flujo de las mercancías; todo ello como esencia de la economía capitalista.

La recodificación de los descontrolados

A veces, plantea Deleuze (1995a), sucede que el orden de los flujos se trastoca y se produce el conflicto exterior e interior porque la sociedad y sus principios están en nosotros. A veces aparece gente que no responde como estaba previsto y no interpreta los códigos de la manera señalada. En ese momento es que adquieren su importancia los dispositivos de control, porque mediante su uso se puede recodificar a los descontrolados, a los no alineados, y se intenta recuperarlos a fin de que se dejen de nuevo codificar.

En función de estos principios, el acto fundamental de la sociedad es: codificar los flujos, es decir, las personas, enajenar lo humano en lo humano y tratar como enemigo a todo, a aquello y todo aquel que se insinúe como un flujo no codificable, no adaptable al cuerpo del sistema, al cuerpo de la sociedad ¿Y la tolerancia? Bien gracias, a la salida del

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

colegio esperando a Godot. Pues al parecer no entra en juego en esta lógica del poder.

Si nos fijamos en el campo de los placeres, los placeres del cuerpo en todos sus contextos, la cama, la mesa, la sábana, la playa, el bar, la orquesta, la universidad, la esquina de la casa, la escapada nocturna, el refugio del amante, la parrillada, el juguete escondido, las tortuosas salidas por la autopista de la web, la creatividad del Cialis, las llamadas prepagadas, la autopista sin tráfico, en todos estos contextos se reanima lo predeterminado.

La contradicción surge cuando nos damos cuenta de que los placeres se contraponen a los poderes pero desde las prefijaciones del poder. Suena contradictorio pero las líneas de fuga en las que se ponen en evidencia el ánimo de los placeres del cuerpo, en todas estas representaciones, en todos estos movimientos de desterritorialización, se nota la huella de ciertas determinaciones colectivas históricas.

A partir de esta propuesta Deleuze (1994: 17) dice: “Desde mi punto de vista, las líneas de fuga, es decir las disposiciones del deseo, no han sido creadas por los marginados. Por el contrario, son líneas objetivas que atraviesan una sociedad, en las que los marginados se instalan aquí o allá, para hacer un bucle, un remolino, una remodelación”.

Por eso, Eric Hobsbawm (2007) afirma que, en el fondo, la democracia está rodeada de una atmósfera vaporosa de retórica vacía, puesto que se ha convertido en un concepto con el que se enmascaran situaciones inaceptables, con la excusa de la libertad, la igualdad, la búsqueda de la justicia y la seguridad global. Este historiador agrega que con el pretexto de la elección democrática de su destino, el mundo se ha globalizado. Sin embargo, piensa que detrás de esa tendencia a globalizar la economía, la ciencia, las comunicaciones, hay cinco o seis actores que determinan lo que pasa en el mundo.

Deleuze (1994) sostiene algo parecido, en el desarrollo de su tesis de los dispositivos de control, cuando propone que la sociedad contemporánea ya no se basa en la represión directa, sino en el control,

el registro, la administración de absolutamente todo lo que se dice, se hace, se piensa y se consume.

El problema radica no en lo que sucede, sino en el modo en que se oculta la falta de libertad, y se la enmascara con el cuento de que estamos ante la presencia de un nuevo paradigma que se nos presenta con libertades nuevas. Al parecer, la explosión de estas nuevas libertades, lo que en realidad implica, es la mayor falta de libertad social.

¿Y la tolerancia cómo convive con el control? Excusándolo. De acuerdo al pensador esloveno Slavoj Žižek (2007), no ha habido nunca en la historia de la humanidad una sociedad que controlase tanto y con tanto detalle a sus ciudadanos. Dado que hoy es posible implantar un *chip* en un ratón y teledirigirlo, este filósofo contemporáneo piensa que en poco tiempo será posible hacer lo mismo con un ser humano.

Agrega que esta situación plantea lo que para él es, sin lugar a dudas, una definitiva cuestión filosófica, saber cómo experimentará ese ser humano la noción de ser reseteado por un control remoto, saber si tendrá conciencia de que lo controla una fuerza exterior, o si por el contrario creará ser él mismo el emisor de las órdenes. Todo sabemos que lo más probable es que se confirme la segunda hipótesis, y que por tanto el ser humano teledirigido no se dará cuenta de nada, y que aparte de eso, se sentirá libre y feliz.

La idea de la tolerancia y la libertad se convierten en una ficción, cuando nos enteramos de que se está experimentando con el control de nuestras vidas, por medio de fármacos, campañas publicitarias y democratización de la ignorancia. Ahora todos consumen cerveza sin alcohol, carne sin grasa, café sin cafeína, chocolate desvalorizado y sexo sin sexo, sexo virtual.

Y pobre de aquél que no se una a la hermandad de los espacios de la realidad virtual, que no es más que la panacea de la realidad sin realidad, del continente sin contenido, que todos compran a través de una vidriera evanescente, en los predios de una realidad absolutamente regulada.

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

Plantea Zizek (2007) que la excusa para justificar esta situación es la del famoso cambio de paradigma. Mediante este recurso se apela a la idea de que vivimos en una época de paradigmas cambiantes. Por eso los cultores de esta creencia aseguran que todos obedecemos a los mandatos de una nueva mente universal, una especie de *Matrix* universal.

De acuerdo a este pensador, estas respuestas son erróneas y no registran verdaderamente el quiebre que está teniendo lugar en la conciencia de los hombres, que a pesar de que atestiguan los cambios enormes que en estos momentos transforman profundamente las coordenadas sociales, no sienten esto como algo sobre lo que se tiene que discutir.

Autodestrucción creativa

¿Qué hacer entonces contra eso, a manera de resistencia, de irreverencia? Alain Badiou (1994) habla de que se debe resucitar la pasión por lo real. Es decir, la pasión por las experiencias reales, con mucho picante, con aderezos extremadamente violentos, con los vicios y lo apegos de las pasiones desgarradoras. En este sentido que lleva a cuestras esta idea cabría rescatar la concepción de Nietzsche sobre el nihilismo. La clásica oposición nietzscheana entre nihilismo activo y pasivo es la definición que más se adapta y más se presta para tomar una postura existencial, frente a este estado de las cosas.

Recordemos que Nietzsche habla del *nihilismo activo*, como aquél que se refiere al sentido de no querer nada por sí mismo, como una apuesta por la auto-destrucción activa, la negación de todo lo dado como cierto, necesario, evidente, postulable, sostenible, reproducible. Por otro lado también trató el significado del nihilismo pasivo, y dijo que era aquel que caracterizaba al hombre que vive una vida estúpida y autocomplaciente, plegada, maniatada, sin grandes pasiones, ni vicios, ni terrores, ni remordimientos, una vida *light* (Vattimo, 2002).

Al contar con estas dos posiciones, que se enfrentan en una especie de duelo mortal y ético individual, uno entiende que la única elección disponible para romper el círculo vicioso que ha minado las salidas de

la subjetividad, sería precisamente adaptar de nuevo a nuestras prácticas cotidianas la pasión por lo real, la idea de que, para vivir completa y auténticamente, hay que comprometerse en la auto-destrucción nietzscheana. Una que en un principio sería destructiva para luego, en una suerte de dialéctica inconforme, se transformara en creativa.

Esto quiere decir simplemente que de acuerdo a como están las cosas, es necesario apostar por aquello que tradicionalmente han sentido las personas reales, dolor, amor, pasión, miedo, rabia, desolación, apostar por lo que se siente a través de la tibieza de la sangre para conectarse con lo humano en lo humano, comprender lo humano en lo humano y tolerarlo.

Al parecer valdría la pena intentar revivir.

(Footnotes)

¹⁵ **Francisco Ardiles.** Magister en Literatura Venezolana, Universidad de Carabobo. Licenciado en Letras, Universidad Central de Venezuela. Facilitador de la Misión Cultura en el Edo. Carabobo. Profesor contratado de “Epistemología de las Ciencias Sociales” en la Maestría de Investigación Educativa, Universidad de Carabobo. Profesor de la asignatura “Tendencias Contemporáneas de la Literatura y el Cine Hispanoamericano” en la UPEL (Maracay). Profesor contratado de “Tendencias Literarias Contemporáneas de América Latina” en la Maestría de Literatura Latinoamericana, UPEL. Libros Publicados: *Poemas para el olvido*, 2007, Caracas: El perro y la Rana. *Amanecieron de bala*, 2007, (Antología de la poesía joven venezolana), Caracas: El perro y la Rana. Correo electrónico: loloardiles@gmail.com .

¿Y Dónde Está la Tolerancia?
Francisco Ardiles.

REFERENCIAS

- Badiou, A. (1994). *Manifiesto por la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Bauman, Z. (2003) *Modernidad Líquida*. México: FCE.
- Castoriadis, C. (2004). *Sujeto y verdad en el mundo histórico-social. Seminarios 1986-1987. La creación humana I*. México: FCE.
- Deleuze, G. (1994). *Deseo y Placer*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. (1995a). *Conversaciones. Entrevista sobre el anti-edipo*. Valencia: Pre-Textos.
- Deleuze, G. (1995b). *Foucault*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1985). *El anti-edipo. Capitalismo y esquizofrenia* (F. Monge Trad.). Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M. (1993). *Estrategias de poder*. Barcelona: Paidós.
- Hobsbawm, E. (2007). *Guerra y paz en el siglo XXI*. Barcelona: Crítica.
- Popper, K. (2000). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Vattimo, G. (2002). *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. Madrid: Península.
- Zizek, S. (2007). *Órganos sin cuerpo*. Valencia: Pre-Textos.